

“He visto al Señor”

Jn 20,18

*A las víctimas del COVID-19,
de bendita memoria.*

San Juan, en 20,1-18 de su Evangelio, nos cuenta que una mujer es la primera en visitar el sepulcro el domingo muy de mañana: “el primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro” (Jn 20,1a). ¿Cuánto tiempo caminó sola y afligida en esa alborada la distinguida discípula, con los recuerdos amargos de la muerte infame a la que fue sometido su amado Señor el viernes anterior? María de Magdala es, también, la primera que al llegar al lugar de la sepultura nota algo insólito: “ve la piedra quitada del sepulcro” (Jn 20,1b). Ante esta escena chocante del sepulcro abierto, echa a correr atemorizada en busca de los discípulos, para decirles que se han llevado al Señor y que no se sabe dónde le han puesto (Jn 20, 2b). Así es que Simón Pedro y el otro discípulo, es decir, Juan, salieron inmediatamente de carrera hacia el sepulcro^[1].

Más adelante, en el versículo 11, cuando la Magdalena vuelve al sepulcro, la encontramos llorando junto al él y, mientras llora, inclinándose para observar su interior en el que “ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies” (Jn 20,12), testigos también de una tumba vacía^[2]. En el contexto de su llanto y

su mirada compungida, la mujer de *lacrimas humilitatis* es la primera persona que “vio a Jesús” (Jn 20,14a) resucitado y lo vio “de pie” (Jn 20,14a); es ella quien tuvo el inconmensurable privilegio de ver (*blepein*) la imagen más bella del hombre que se pueda imaginar, el ícono sublime del Verbo encarnado ahora glorificado con sus huellas propias de crucificado. María de Magdala habla con él sin identificarlo inicialmente: “no sabía que era Jesús” (Jn 20,14b); pero, en seguida, ella es la primera en reconocerlo como lo evidencia su “Rabbuní que quiere decir: Maestro” (Jn 20,16b). Y, sin duda alguna, lo reconoce, porque en verdad “el resucitado se da a conocer a una persona que busca y cree”^[3] como ella. Y esta mujer, apóstol de los apóstoles, es la primera en abrazarlo gozosa tras la muerte de su muerte o regreso definitivo a su vida gloriosa, como se deduce del “deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre” (Jn 20,17a); seguramente ella le abrazaba intensamente sus pies (Mt 28,9) de ahí la categórica expresión *deja de tocarme*, que podría significar: “¡no me entretengas más, suéltame!”^[4], pues aún no he retornado al Padre^[5].

La Magdalena, en ese momento incomparable e irrepetible de la historia, recibe una misión por parte del Resucitado: “vete a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (Jn 20,17b), mensaje que habría de recordar en sus discípulos palabras alentadoras como las referidas en el capítulo 14, donde Jesús se ve junto al Padre en compañía de sus discípulos: “y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23). La Apóstol distinguida, obedeciendo al deseo del Resucitado de ir a comunicar su experiencia a los discípulos, se convierte en la primera *anunciadora* de la resurrección de Jesús: “fue María Magdalena y dijo a los discípulos: ‘He visto al Señor’ y que había dicho estas palabras”

(Jn 20,18). La experiencia excepcional de haber *visto al Señor*, que la santa mujer comparte con los discípulos, se verificará luego en ellos la tarde del mismo día (Jn 20,19-23)[⁶].

¡Qué paradoja la que vivimos muchos cristianos hoy! Saber que una mujer ha sido elegida, nada menos que por Dios en el Resucitado, para ser su primera interlocutora tras el misterio de su propia muerte y para ser su primera anunciadora tras su propia resurrección, y esa mujer no ocupa hoy, y nunca ha ocupado en nuestra Iglesia, el rol central de anunciadora del mensaje medular de nuestra fe cristiana que por derecho divino le espera. ¿Por qué se ha llegado, contra el deseo del Resucitado, a una tal desigualdad de género en nuestra Iglesia? ¿cómo ha sido posible la edificación de una comunidad eclesial androcéntrica tan lejana de los sentimientos del Jesús postpascual de nuestro texto?

María de Magdala, la que sirvió fervientemente al Señor, con Juana, Susana y muchas otras (Lc 8,1-3) y la que antes de todos lo vio resucitado (Jn 20,14a), bien podría hoy decirnos: a mí me recuerdan como pecadora arrepentida y me recuerdan como la que amó al Galileo hasta la locura, pero no fui la única pecadora perdonada, ni la única que tanto lo amó; sólo que por *ser mujer* a mí me señalan por ambas cosas, olvidando consciente o inconscientemente que acompañé a María y a Jesús en el trance más amargo de sus vidas[⁷].

Roma, 17 de mayo de 2020
Ariolfo Padilla Neira
ariolfopn@gmail.com

¹ Cf. B. VAWTER, *Evangelio según san Juan*, in: R. E. Brown – J. A. Fitzmyer – R. E. Murphy, *Comentario Bíblico “San Jerónimo”*, vol. 4, Madrid 1971, pp. 520-522; R. INFANTE, *Giovanni. Introduzione, traduzione e commento*, Milano 2015, pp. 444-449; G. R. BEASLEY-MURRAY, *John*, Word Biblical Commentary 36, Waco – Texas 1987, pp. 370-374.

² Cf. R. SCHNACKENBURG, *Das Johannesevangelium*, vol. 3, Freiburg – Basel – Wien 1975, p. 372: “Para los hombres de entonces las apariciones angélicas no eran menos reales de lo que nosotros llamamos *indicios*” (für die damaligen Menschen waren Engellerscheinungen nicht weniger real als das, was wir *Indizien*).

³ *Ibid.*, p. 375: “der Auferstandene erschließt sich einem suchenden und glaubenden Menschen”.

⁴ *Ibid.*, p. 376: “Halt mich nicht länger fest, laß mich los!”.

⁵ Cf. B. VAWTER, *Evangelio según san Juan*, *op. cit.*, p. 522; R. INFANTE, *Giovanni*, *op. cit.*, pp. 449-453; G. R. BEASLEY-MURRAY, *John*, *op. cit.*, pp. 374-378.

⁶ Cf. B. VAWTER, *Evangelio según san Juan*, *op. cit.*, p. 522; R. INFANTE, *Giovanni*, *op. cit.*, pp. 453-455; G. R. BEASLEY-MURRAY, *John*, *op. cit.*, pp. 376-378.

⁷ Cf. M. DEL SOCORRO VIVAS, *El anuncio de resurrección desde María Magdalena*, in “Theologica Xaveriana” 116 (1995) 406.